

Un antihéroe en el exilio. Dialogismo, carnavalización y parodia en *Cobro revertido* de José Leandro Urbina.

Francisco Brignole
University of North Carolina Wilmington

RESUMEN: Este artículo discute la novela *Cobro revertido*, publicada en 1992 por el escritor chileno José Leandro Urbina. Siguiendo teorizaciones de Mikhail Bakhtin y Carlos Alberto Brocato, examino cómo, desde los propios discursos literarios, se arroja una mirada reflexiva, autoconsciente y escéptica en torno al proceso de mitificación que evidencia el discurso del exilio político en Latinoamérica. Propongo que la contribución principal de esta ficción tiene que ver con su audaz intervención en el seno de una tradición literaria que a principios de los noventa ya evidenciaba señas de saturación y desgaste. Carnavalizando estereotipadas representaciones en las que lo político-testimonial y los presuntos deberes del exiliado invaden la diégesis, la novela de Urbina marca un punto de inflexión, revitalizando la poética del exilio y anunciando nuevos rumbos.

PALABRAS CLAVE: Postdictadura; Cono Sur; Exilio; Chile; Canadá; Novela

La novela *Cobro revertido*, publicada en 1992, presenta la vida de un exiliado político chileno en Canadá, después del golpe de estado que acabó con la vida de Salvador Allende en 1973. Como si se tratase de una tragedia griega, los eventos principales de este relato transcurren en la ciudad de Montreal durante tan solo un día de julio de 1979. Este es un momento delicado en el que la represión política alcanza un nuevo auge en Chile, puesto que el oficialismo intentaba allanar el camino a una victoria de Pinochet en el cuestionado plebiscito de 1980.¹ La represión en el país andino había sido tal que, ya para finales de los setenta, cerca de 200.000 chilenos habían sido forzados o escogieron vivir en el extranjero (Wright y Oñate ix). Entre ellos se encuentra “el sociólogo”, apodo con el que se identifica al peculiar protagonista, quien al inicio de la novela recibe un inesperado llamado telefónico desde Chile en el que se le comunica que su madre acaba de fallecer. Visiblemente perturbado, les promete a sus familiares y amigos que regresará a su país después de seis años de exilio ininterrumpido para participar del sepelio. En veinticuatro alocadas horas, deambulará inebriado por las calles de Montreal con sus amigos del exilio, se enredará en medio del carnaval *Caribfête* y finalmente encontrará su propia muerte, en azarasas circunstancias.

El inusual recuento de las vivencias de este exiliado tiene su correlato en la vida del propio autor. Nacido en Santiago en 1949, Urbina cursó estudios de Literatura en la Universidad de Chile hasta que decidió exiliarse en 1974, primero en Argentina, donde escribe su conocida colección de cuentos *Las malas juntas* (1978), y luego en Ottawa, donde todavía reside.² Pertenece a una generación de escritores chilenos emigrados a Canadá poco después de la cruenta represión propulsada por Augusto Pinochet desde el recordado ataque a la Moneda. Entre los autores chilenos que se establecieron

en suelo canadiense en la década del setenta se destacan también Jorge Etcheverry, Carmen Rodríguez, Jorge Fajardo y Hernán Barrios, pero Urbina y Etcheverry son los que más han profundizado en el tema del exilio en su producción literaria. Escribiendo desde un lugar excéntrico como Canadá, se asientan en una larga tradición literaria chilena sobre el destierro, siguiendo los pasos de autores canónicos como José Donoso, Isabel Allende, Antonio Skármeta, Carlos Cerda o Ariel Dorfman, por nombrar solo a algunos.

El primer corpus de testimonios y ficciones sobre la represión militar en Chile fue publicado en distintos puntos de la geografía mundial, predominando, como apunta María Teresa Johanson, el prurito testimonial y de denuncia (219). Este tipo de narrativa comprometida de los años setenta fue posible gracias a la distancia física que separaba a estos escritores de la censura gubernamental. Mientras que los autores que permanecieron en Chile dejaron de escribir o se vieron forzados a hacerlo en clave alegórica, como Diamela Eltit, el escritor chileno exiliado pudo trabajar, en palabras de Skármeta, “en un espacio de exacerbada libertad”, a tal punto que expresó “las cosas por su nombre, y cuando optó por las metáforas y parábolas, éstas eran fácilmente desentrañables” (34). A partir de los ochenta, predominan, en cambio, narrativas que ya no se ocupan tanto de las violaciones a los derechos humanos en Chile, sino de representar las vicisitudes de la vida en el exilio y de esbozar un conjunto de identidades en proceso de transformación.

En sendos trabajos sobre autores latinoamericanos en Canadá, Brigit Mertz-Baumgartner, Naim Nomez y Elena Palmero González afirman que la gran mayoría de los textos bajo su estudio presenta a sujetos desorientados, incapaces de tender puentes y hacer pie en sociedades muy disímiles. Norman Cheadle, Amy Kaminsky, Stephen Henighan, Grínor Rojo y Patrick O’Connell llegan a

conclusiones similares, pero lo hacen específicamente en torno a la novela de Urbina, a la que abordan desde lineamientos teóricos como la transculturación, los estudios de género, el psicoanálisis y la memoria. Un tanto paradójicamente, quizás, citan causas disímiles para explicar la presunta muerte literaria del protagonista: su supuesta aculturación a través del contacto con mujeres extranjeras (Kaminsky 55), su estancamiento y desintegración por no poder asimilarse a la sociedad canadiense (Cheadle 295, Rojo 114, Henighan 291), y sus dificultades para reconciliar los traumas del pasado con su presente (O'Connell 54-55).

Luis Torres y Roberto Castillo Sandoval, por su parte, llevan a cabo lecturas discordantes de *Cobro revertido*. Al igual que Kaminsky en su libro *After Exile*, Torres rechaza los usos metafóricos del exilio y utiliza la novela como un ejemplo paradigmático del exilio político tradicional, aquel asociado con las nociones de trauma, dolor, pérdida, nostalgia y desesperanza (182). Su lectura parece un tanto desacertada, sin embargo, puesto que, lejos de exaltar con solemnidad lugares comunes de la narrativa del exilio, *Cobro revertido*, como bien señala Castillo Sandoval, "podría leerse como una denuncia de ciertos modos estereotípicos de representar la realidad humana del destierro" (164). En lo que sigue de este ensayo, profundizo en la línea crítica abierta por Castillo Sandoval, reconociendo que la novela de Urbina está cargada de significados que van mucho más allá de todo aquello relacionado con el exilio tradicional o las cuestiones de asimilación o no del protagonista en la sociedad canadiense.

Propongo, de hecho, que en este complejo relato de corte bajtiniano, el "sociólogo" emerge como un antihéroe que contrasta marcadamente con la figura tantas veces exaltada del exiliado político. Lejos de ser ensalzado a través de una retórica grandilocuente, ni siquiera se nos proporciona su nombre. Se esbozan, en cambio, los contornos de un personaje menor, un intelectual frustrado que poco a poco acreditará su dudoso compromiso político, patriótico y familiar. Los años de exilio, la muerte de su madre y las vastas cantidades de alcohol ingerido se combinan además en un *cocktail* ideal que le confiere cierta lucidez al protagonista. Poco a poco, a medida que avanza el día y aprendemos detalles de su pasado, se pone de manifiesto un discurso original y disidente que, siguiendo a Bakhtin, "carnivaliza" estereotipadas representaciones del exilio en las que lo político-testimonial y los presuntos deberes del exiliado invaden la diégesis. Interactuando dialógicamente con un variopinto grupo de personajes, el sociólogo y sus interlocutores añaden nuevas perspectivas en torno al destierro. No solo revisan su pasado personal y nacional bajo un prisma escéptico, sino que también se ocupan de identificar los excesos retóricos de algunos exiliados que, independientemente de su militancia o no, actúan por momentos como si fueran los protagonistas de una gesta épica.

La carnavalización de la poética del exilio tradicional

Carlos Alberto Brocato ha señalado que una politización desmedida del exilio puede generar una serie de distorsiones problemáticas y construcciones "míticas" (96). Entre ellas cita la llamativa tendencia a comparar el exilio con la cárcel o la muerte, la errónea suposición de que el exilio es un espacio poblado de personalidades notables y la noción de que solo los exiliados preservan la esencia cultural del país de origen "usurpado". Añade a estos malentendidos el supuesto, también infundado, de que todo exiliado político puso en riesgo su vida por la causa revolucionaria, así como la exageración de la presumida heroicidad del exiliado y la frecuente exaltación de su sufrimiento (77-171). Este tipo de distorsiones, propias de los discursos públicos, se perciben hasta nuestros días, pero aparecen también predominantemente en la producción cultural surgida durante o poco tiempo después de las últimas dictaduras latinoamericanas. Dada la inmediatez de la cruenta represión estatal, el inevitable trauma y la experiencia de exilio, muchas ficciones testimoniales reinciden con frecuencia en la mitificación de la idea de patria, en la insistencia autoral sobre la necesidad de regresar al origen y, por último, en la adopción de perspectivas maniqueas que tienden a soslayar o minimizar las corresponsabilidades propias de los conflictos ideológicos.

Considerando estas tendencias, sugiero que la contribución principal de *Cobro revertido* en las letras latinoamericanas no tiene que ver con la problemática de la inserción o no de su protagonista en tierras canadienses, sino con el lugar que ocupa la novela al intervenir de manera audaz en el seno de una tradición del exilio que ya a principios de los noventa evidenciaba señas de saturación y desgaste. No es el autor chileno el primero en recorrer este camino en el contexto de las postdictaduras latinoamericanas. Con el título "Cobro revertido", de hecho, Urbina rinde un pequeño homenaje a José Donoso, quien anteriormente abordara la experiencia del exilio chileno desde una perspectiva autoconsciente y crítica en *El jardín de al lado* (1981). En la novela de Donoso también se alude a la muerte de la madre del protagonista exiliado, cuya esposa atiende el teléfono en Europa, diciendo: "—Chile, ...dice, —Cobro revertido. Qué cosa más rara, ¿no?" (172). Se trata de un merecido tributo al reconocido integrante del Boom ya que, con su particular mirada crítica, Donoso comienza a demarcar un nuevo rumbo en la poética del exilio. Pero es sin duda Urbina quien llevará esta nueva corriente a su punto culminante, reencauzando distorsiones, derrumbando mitos y despojando a la narrativa del exilio de su acostumbrada solemnidad.³

El autor logra su cometido siguiendo de cerca las premisas de la novela dialógica, que tiende a "carnivalizar" discursos y tradiciones genéricas establecidas. Como postula Bakhtin, el debilitamiento o destrucción del orden monológico tiene lugar solo cuando entran en contacto una pluralidad de voces en torno a un mismo objeto referencial (189). En *Cobro revertido*, el referente subyacente tiene que ver con un amplio conjunto de ideas sobre el

exilio y el compromiso político, algunas de las cuales parecen haber sedimentado en presuntas verdades inobjektas.⁴

Para poner en diálogo una pluralidad de perspectivas sobre este tema, Urbina maneja el tiempo y el espacio narrativo de manera deliberadamente *bajtiniana*. Lo hace concentrando la trama principal de la novela en un espacio limitado (la ciudad de Montreal) y en tan solo un solo día de 1980. Estos sucesos—y muchos otros recuerdos de la vida en Chile antes del exilio—son evocados por dos voces narrativas que emanan del “sociólogo”, quien pareciera enunciar su discurso en dos momentos y estados mentales distintos. Narra los eventos alocados transcurridos durante ese día en Montreal con mesura, en una tercera persona que recoge al paso una pluralidad de voces. Dichos pasajes, empero, son frecuentemente interrumpidos por diversos monólogos del sociólogo sobre su vida en Chile y los primeros años en Canadá, todos estos en primera persona y de fuerte carga emotiva. Esta escisión o desdoblamiento del protagonista exiliado forma parte de un discurso de doble voz que permea la novela entera y que también puede notarse en los extensos diálogos que la pueblan. Tal y como hace el sociólogo, otros diversos interlocutores también harán escuchar sus perspectivas a lo largo del relato, confirmando, matizando o rechazando distorsiones y construcciones míticas en torno al exilio como las enumeradas por Brocato.

Asimismo, como he sugerido, la novela de Urbina prescinde del tono solemne que tradicionalmente ha caracterizado a los relatos del destierro. Lo hace subvirtiendo esta tradición mediante un contradiscurso escéptico que se vale de la parodia y una serie de situaciones tragicómicas. Añade en las calles de Montreal, como para no dejar lugar a dudas de la influencia bajtiniana, la presencia explícita del carnaval caribeño de *Caribfête*. Con esta transposición del carnaval al mundo diegético, el sociólogo y sus amigos, arrastrados por el torbellino humano, habitarán un mundo en que todas las reglas y jerarquías permanecerán en suspenso. Como propusiera el crítico soviético, al igual que en la ancestral celebración, en los géneros literarios carnavalizados:

All things that were once self-enclosed, disunified, distanced from one another by a noncarnivalistic hierarchichal worldview are drawn into carnivalistic contacts and combinations. Carnival brings together, unifies, welds, and combines the sacred with the profane, the lofty with the low, the great with the insignificant, the wise with the stupid. (Bakhtin 123)

El autor establece así, en *Cobro revertido*, un espacio diegético privilegiado en el que una comparsa de personajes menores cuestiona o relativiza todos aquellos planteos solemnes, unívocos o dogmáticos proferidos por algunos individuos que, como veremos, se autoconstruyen de manera oportunista como exiliados notables.

Un doble paródico en las calles de Montreal

Queda claro desde el comienzo de la novela que el sociólogo no conforma con el molde del exiliado ilustre al que aluden Ángel Rama y Julio Cortázar en sendos ensayos, destacando su importancia en la preservación de la esencia cultural de la nación (341, 12). De hecho, conocemos al doble paródico de esta tradicional figura durante una alborotada mañana de julio de 1979, mientras intenta en vano abrir la puerta de su propio departamento. Se muestra incapaz de hacerlo, por estar todavía borracho y por la puntada de un puñetazo recibido en las costillas, luego de haber ofendido a la esposa de un amigo en una fiesta que se había extendido hasta la madrugada. Le abre la puerta su compañero de departamento, un portugués de familia exiliada llamado Joao, quien le da otro golpe al informarle sobre el inusual llamado del padre desde Chile, que solo auguraba malas noticias. Poco antes de caer desmayado “en una ola de sueño violento e incontrolable” en el sillón de la sala, el sociólogo tiene la certeza de que “su madre había muerto” (10), materializándose así uno de los miedos más grandes con los que convive todo exiliado: el fallecimiento de la madre o del padre (Castillo Sandoval 161).⁵

Después de un extraño sueño en el que empieza a delinear los contornos de su progenitora, el exiliado chileno despierta como producto de un incontenible vómito que lo desprestigia un tanto más como figura, a la vez que lo sume en un estado de indefensión pueril. A medida que el sociólogo revela partes de su pasado, se vislumbra que para él la figura de la madre está cargada de un complejo contenido simbólico. Pensando en la asociación implícita entre madre y patria que recorre la novela de Urbina, Henighan y O’Connell observan que la muerte de la progenitora representa una ruptura definitiva del protagonista exiliado con su país de origen (290, 43). Esta equiparación casi automática entre madre y nación es característica de los discursos literarios del exilio, en los que la madre patria usualmente alcanza un valor cuasi-mítico, por considerarse que está siendo temporariamente usurpada y contaminada por el enemigo ideológico.

En *Cobro revertido*, sin embargo, la madre del protagonista es descrita como un ente omnipresente y asfixiante que quiere controlar todos los aspectos de la vida del individuo. Representa metafóricamente al régimen de Augusto Pinochet, pues opera un poco al modo de aquel ojo escrutador que teorizara Michel Foucault en *Vigilar y castigar* (1975), actuando casi como “un aparato disciplinario perfecto” que desde “una sola mirada [logra] verlo todo permanentemente” (178). Esta inusual asociación entre la figura materna y la represión estatal se percibe en varios pasajes en los que el sociólogo recuerda eventos de su niñez, como cuando afirma que cada vez que su madre lanzaba una carcajada en su casa “temblaban los vidrios, como si pasaran tanques por la calle” (29). La asechanza constante con la que la relaciona se vislumbra también en otros pasajes en donde el narrador explica que “cada vez que [su] madre aparecía en escena [su] existencia se llenaba de sobresaltos” (29). Así ocurre, precisamente, otra mañana de su adolescencia en

la que ella irrumpe en su intimidad cargando contra la puerta del baño como si fuera "la *Schutzstaffel* [nazi] detrás de un complot inminente" (47), justo cuando él estaba masturbándose. Al igualar a la madre del protagonista con un Chile inherentemente conservador y opresor, el sociólogo cancela toda posibilidad de regreso al origen y prescinde, al mismo tiempo, del discurso nostálgico-patriótico tan común en este tipo de narraciones.

La desmitificación de la madre-patria se completa cuando el protagonista insinúa que su propio exilio fue indirectamente causado por el agobio de su progenitora. En un distanciamiento preliminar que servirá de preludio a su destierro definitivo, el joven expresa sus ansias de libertad juvenil: "quería tener mi propia radio, escuchar los Beatles. Dejarme crecer el pelo. No ponerme camisa blanca y corbata y parecer un empleado de oficina de dieciséis años" (49). A pesar de esta rebeldía inicial, finalmente accede a estudiar abogacía, tal y como deseaba su madre y se mete en política, puesto que ese era un requisito "de todo abogado que se precie" (26). Además de unirse a un partido de izquierda, participa en el Centro de Estudiantes de su universidad, en donde conoce a su primer amor, Magdalena, una activa militante mayor que él. Ocho días después del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, en medio de la cruenta represión pinochetista, comete la imprudencia de ir a visitarla. Los grupos paramilitares que intentaban recabar información sobre el paradero de su novia lo capturan y lo llevan al Estadio Nacional, donde primero es torturado y luego pasa semanas miserables vagando "adolorido por entre las graderías y los túneles, peleando por un pedazo de pan" (70). Finalmente, es también su progenitora, indirectamente responsable de esta sucesión de eventos trágicos, quien logra obtener un salvoconducto para el exilio definitivo de su hijo en Canadá.

En el momento de su destierro, el joven protagonista tiene tan solo veintitrés años, seis menos que en aquella trágica mañana en la que recibe la noticia de la muerte de su madre. Volviendo al presente narrativo, poco después de enterarse del deceso, el sociólogo sale de su departamento para ponerse en contacto con amigos y conocidos, y hasta con su exesposa Megan, una canadiense anglófona. Recurre a todos ellos no solo para obtener consuelo, sino también recursos monetarios para poder realizar el proyectado viaje de retorno a Chile para asistir al sepelio. Una vez que recibe algo de dinero de Megan, se dirige hacia el Bar Español, en donde el sociólogo espera encontrarse con lo que llama su "cuasifamilia" en suelo canadiense: "Los exiliados, los refugiados, los desintegrados, los desbancados, los desubicados, los perdidos en el espacio, los alegres, los doloridos, los patéticos. Su tribu, su gente, mejores o peores, orgullosos, arrogantes y llorones, su cuasifamilia desde siempre, desde ahora" (46).

Aun antes de que el protagonista se trencen en largas discusiones con los integrantes de este grupo, la novela de Urbina muestra rasgos distintivos de la novela dialógica. Bakhtin advierte, de hecho, que una pluralidad de voces no es una condición necesaria de este tipo de novela, puesto que aun dentro de una misma

declaración puede insinuarse o parodiarse la posición semántica de otras conciencias o voces (184).⁶ Esto ocurre, por ejemplo, cuando narrándose a sí mismo en tercera persona, el sociólogo revela los que fueran sus propios pensamientos al dirigirse hacia el bar en el que lo esperaban sus amigos:

...su madre está muerta y ahora *tiene que sentir que su madre ha muerto y tiene que hacer sentir a los demás que su madre ha muerto*, la madre de todos, allá lejos, en el país que todos sueñan como una mezcla de imágenes infantiles, chistes adolescentes y frustraciones de adultos expulsados de *una suerte de paraíso problemático, no para sociólogos sino para mitólogos*, donde uno ya no puede enterrar ni a su madre como el resto de la gente porque el Tata Dios General Augusto Pinochet cerró la puerta a nuestras espaldas. (45, énfasis mío)

En este pasaje no solo se imbrican las voces del sociólogo como narrador y como protagonista en una sola declaración, sino que se alude a un subtexto discursivo propio de la comunidad del exilio. Insinuándose inflexiones semánticas opuestas, con estas estrategias se cuestionan la tendencia a exagerar el sufrimiento, la habitual idealización del país de origen y, por último, las altas expectativas de la comunidad del exilio en torno al cumplimiento de los deberes filiales.

Por otra parte, si tradicionalmente ha sido el café el lugar privilegiado por intelectuales y otros exiliados comprometidos para discutir sobre política, literatura y organizar la disidencia, en la novela carnavalizada de Urbina el protagonista se refugia principalmente en el mucho menos solemne Bar Español.⁷ Una vez llegado allí, se sumerge, entre cervezas y otras libaciones, en un atolondrado diálogo que versa sobre las vicisitudes del destierro. La novela cobra, ahora sí, un marcado carácter polifónico, puesto que allí confluyen y chocan distintas y opuestas posturas frente al exilio, la patria, el compromiso político y los deberes filiales, como las que encarnan Sarita, Ferrero, Toño, Frías, don Moisés, Gamboa, Tito y don Antonio, entre otros peculiares desterrados. Aunque el narrador cita las palabras de cada uno de los interlocutores de manera textual, sin hacer comentario alguno, sobresalen las intervenciones del sociólogo, quien actúa en todo momento o bien como un revulsivo o bien como un agente desmitificador.

En una primera muestra, responde a las críticas de dos de los concurrentes al bar, Sarita y Ferrero, quienes le recriminan el abandono de la madre y, por extensión, de su patria. Sin pelos en la lengua, Sarita le critica su falta de cumplimiento con los deberes filiales, señalando que ni bien "llega el momento del pequeño esfuerzo [los hijos] se demuestran como unos verdaderos gusanos irresponsables" (64). Ferrero va aún más lejos, cuando en lugar de consolar al sociólogo, lo culpa en parte por la muerte de su progenitora, reprochándole que "podría haberse traído a su madre y a lo mejor no le habría pasado esto de morir" (72).

Exhibiendo gran control sobre sus emociones, el sociólogo sonrío suavemente y le agradece las sugerencias a Ferrero, pero responde con cordialidad y firmeza que, aunque lo hubiera intentado, su madre “no se habría venido” porque sus padres “tenían los medios. Se quedaron [en Chile] sin ningún problema” (72). A pesar de su buena disposición con respecto a los hábitos del café, el sociólogo recuerda que también había sido juzgado negativamente cuando se ausentara del Bar español por un año para priorizar su relación con Megan. La ausencia, imparcialidad o indiferencia hacia su pueblo, las causas de izquierda o la comunidad de exiliados chilenos son impugnadas por igual. Esto es a tal punto así que su familia del café, evidenciando cierto maniqueísmo, pronto comienza a considerarlo poco menos que un traidor, “un perdido para la causa, un asimilado que se olvidó de dónde venía, que se tomó en serio lo de la tierra de las oportunidades y les daba la espalda a las luchas del pueblo y se alejaba de su gente justo ahora que los informes aseguraban que el tirano iba a caer” (152). Ante este nuevo embate, el sociólogo nuevamente logra mantener la calma, evita entrar en acaloradas discusiones y privilegia los lazos de amistad. Solo en el momento de la enunciación matiza estas recriminaciones, compartiendo con los lectores lo que realmente piensa, pero también revelando una sana sensibilidad: “Yo, sin confesarlo, me sentaba en sus opiniones mitificadoras. Nosotros éramos los divididos, ellos los fantasiosos irremediables, pero necesitaba verlos” (153).

Como agente de cambio en esta comunidad, el sociólogo aprovecha también el espacio privilegiado del bar para corregir distorsiones que emergen en torno a la construcción mítica de los exiliados políticos quizás más notables y romantizados: los exguerrilleros de izquierda expulsados por las dictaduras latinoamericanas. Como ejemplo paradigmático de la distancia entre mito y realidad, menciona el caso de un guerrillero chileno exiliado en suelo canadiense: el Pato Macías, “de la extrema, con su camisa de leñador, con boina y barba a lo Che Guevara, Macías, el representante del pueblo resistente” (87). Tras esta irónica descripción inicial, estereotipada y parodiada al máximo, el sociólogo describe cómo el guerrillero se larga en lo que llama una “enorme y lírica diarrea sobre la organización de la insurrección armada” (87). Pero se vislumbra que el guerrillero lo hace solo para cubrirse de un manto de heroísmo frente a las muchachitas allí presentes, en aras de terminar “en la cama de alguna doncella sudorosa que le pedía por favor se dejara la boina puesta” (87). Ya menguado con estas primeras señas, el mito del Pato Macías termina por derrumbarse sobre el final de la novela, cuando el sociólogo añade que el exguerrillero está preso desde que encontró a su exesposa con un hombre. Sin poder controlar sus celos e impulsos violentos, “el Che Guevara de los montes de Venus quebequenses” no tuvo mejor idea que meterle cuatro cuchilladas en el pecho (176), en un pavoroso femicidio. Con esta representación paródica del guerrillero, Urbina se anticipa a tendencias mucho más recientes en la narrativa latinoamericana, donde una serie de jóvenes novelistas buscan, en palabras de Jorge Volpi, “ajustar cuentas con cualquier

resabio del romanticismo revolucionario del pasado” (183).

De manera análoga, en sus interacciones con otros conocidos, el sociólogo descubre y denuncia el presunto oportunismo de algunos exiliados políticos chilenos en Canadá, quienes, como sugiriera Donoso en *El jardín de al lado*, a veces tienden a sacar ventaja de las trágicas circunstancias de su pasado para enaltecerse en los ojos de la sociedad receptora a través de su exotismo. Si en la novela de Donoso el miedo más grande de Julio Méndez, escritor chileno exiliado en Barcelona, es que se esfumen y palidezcan sus “seis días de calabozo” y la “experiencia heroica” que considera su “pasaporte al triunfo” (31), algunos de los exiliados chilenos que pueblan las páginas de *Cobro revertido* padecen de una similar aprensión. Esto se observa cuando el sociólogo intenta una nueva reforma en las prácticas de la comunidad del exilio. En este caso, cansado de la enervante solemnidad que caracterizaba las reuniones políticas de sus compañeros exiliados, el sociólogo propone amenizarlas (o “carnivalizarlas”) con un poco de música, libaciones y diversión, pero su idea es mal recibida porque se considera que es peligrosa para los intereses de la comunidad. Evidenciando un discurso tan autoconsciente como cínico, su amigo Tito le responde que estos cambios no serían posibles, puesto que, se desprende, tal comportamiento destruiría el mito construido en torno a la supuesta heroicidad de los exiliados políticos latinoamericanos: “nosotros hemos llegado a estas costas como *los protagonistas de una tragedia importantísima* y si nos salimos del papel, si tomamos y bailamos en estas circunstancias, nos van a considerar poco serios” (87, énfasis mío).

Además de reaccionar ante esta evidente performatividad en el comportamiento de los exiliados políticos, el sociólogo de la novela de Urbina denuncia cierta propensión hacia la jerarquización de distintos tipos de éxodo, que frecuentemente lleva a la exaltación del exiliado político tradicional. Un precedente paradigmático de este fenómeno en la novela latinoamericana del exilio se vislumbra en *Andamios* de Mario Benedetti. Aunque es difícil desentrañar la opinión del autor de carne y hueso, en esta ficción se establece una problemática jerarquía de exiliados, a los que se les asigna distinta valoración ética en función de las causas que motivaron el éxodo.

Javier se había ido obligado, por razones obvias que [su madre] comprendía, pero Gustavo y Fernanda porque así lo habían querido. Uno y otra habían construido muy lejos una nueva vida: Gustavo había empezado como cónsul en Tegucigalpa y había terminado como gerente de un supermercado en California; Fernanda había obtenido, mientras le duró la beca, un PhD en Chapel Hill y ahora enseñaba español en otra Universidad. (125)

En el pasaje recién citado se vislumbra que los exiliados políticos son privilegiados en detrimento de otros tipos de desterrados o emigrantes. El mayor pecado de dos de los hermanos, de hecho, parece residir en haberse ido del Uruguay “pero no por problemas

políticos" ya que, como vuelve a subrayar el narrador, "no tenían motivos para exiliarse", ni mucho menos para establecerse "en Estados Unidos" (72). Esta diferenciación entre las causas del éxodo no resulta problemática *per se*, pero sí deviene reprochable cuando más tarde se retrata a Gustavo y Fernanda como si fueran enemigos o traidores a pesar de su total indiferencia política, o quizá precisamente por ello. Al aglutinar la autenticidad y el sufrimiento en un único y exaltado exilio de tipo político, la novela representa a otros exiliados o emigrantes como copias ilegítimas y poco dignas. Se siguen así las teorizaciones de William H. Gass en su ensayo "Exile" (1994), puesto que todo parece sugerir que, al menos para el narrador, otros emigrantes y exiliados son poco más que "carbons, copies, no-accounts, unable to muster the misery, the enmity, the enemies who might give them an honest exile's status, and an entry into the aristocracy of the properly deposed" (222).

Respondiendo indirectamente a este tipo de posturas elitistas, el sociólogo de Urbina jamás intenta conformar con el accionar de un arquetipo de exiliado ejemplar. Lejos de querer mantener esta ficción, el joven chileno expresa su fastidio hacia quienes se empeñan en crear improductivas divisiones entre exiliados leales y traidores, legítimos e ilegítimos, auténticos y falsos. Lo hace, una vez más, interviniendo en una de las acaloradas conversaciones que tienen lugar en el Bar Español. Pone como ejemplo de ente regulador de insólitas jerarquías a su compañero de hogar Joao. Tan controlador como su madre, el portugués también intenta gobernar y codificar el comportamiento del sociólogo, presumiblemente para que este no se aleje de lo que se espera de un exiliado político tradicional. De modo que Joao parece coincidir con una estrecha definición de exilio político, como aquella formulada por Yoshi Shain, quien propone que para él los "expatriados"—independientemente de la causa de su partida—son exiliados políticos solo si durante su destierro se mantienen fieles a sus convicciones, representando los valores de la patria usurpada por el enemigo ideológico y comprometidos por la lucha (15). Frustrado ante expectativas similares por parte de su compañero de hogar, el sociólogo se desahoga señalando que Joao "se cree mi ángel de la guarda, mi hermano mayor, y quiere que coma cereales con banana y que no tome y deje de fumar y haga una vida de estudiante ascético, postulante a santo sabio, como un verdadero exiliado" (82, énfasis mío). Corroborando estas impresiones, sobre el final de la novela el sociólogo vuelve a sentirse presionado por Joao, quien nuevamente lo insta a conformar con el arquetipo del exiliado político comprometido: "yo tenía que ser de alguna manera como seu pai y mantener una cierta línea de conducta, darle a mi vida un nuevo sentido, comportarme a la altura de los desafíos históricos y ser consecuente con lo que predicamos a los demás y ahora debe estar indignado porque perdí la segunda llamada de mi padre" (193).

Inmune a los cuestionamientos de varios de sus interlocutores, el sociólogo nunca se inclina abiertamente por una ideología política u otra, sino que evita adoptar posturas extremas. Elude así las polarizaciones habituales en los discursos del exilio, donde

frecuentemente observamos interpretaciones parciales de la historia. Como confirma Grínor Rojo en su análisis de la novela, de hecho, ni en Chile ni en Canadá "el sociólogo" termina de definir su posicionamiento político (114). En el país andino, nunca llega a rechazar a su tradicional madre por completo, a pesar de su noviazgo con una mujer revolucionaria como Magdalena. En Canadá, reproduce este esquema, siendo capaz de involucrarse sentimentalmente con mujeres tan distintas como Megan, una separatista de familia anglófona nacida en Quebec, y Marcia, una *québécoise* que "está por la separación de Quebec, por la total y plena independencia" (37).

En un pasaje narrado en primera persona por el sociólogo, se percibe claramente su perfil conciliador. Rememora un viaje a Toronto para visitar a los hermanos de Megan, pero, como en Chile, la política divide a la familia. Años antes, los hermanos, el resto de la familia y muchos otros anglófonos viviendo en Quebec, habían resuelto mudarse a Toronto "temerosos de lo que les deparaba el futuro si el movimiento independentista tomaba la vía violenta para realizar su plan político" (100). Megan tampoco está a favor, pero sabe también que prefiere quedarse a vivir en Montreal, más allá de los resultados de la puja independentista. Se justifica alegando que "nunca le había gustado Toronto", que "no deseaba sentirse expulsada por las circunstancias" y remata diciendo que "en el fondo no consideraba ilegítimos los anhelos de los quebecos de tener su propio país" (100). Al notar la reacción escandalizada de los hermanos de Megan, el sociólogo decide intervenir, "tratando de mantener un tono liviano y de internacionalizar la discusión" (100). Actuando esta vez como narrador en tercera persona, cita sus propias palabras de aquel día:

En mi trabajo hay unos angoleños blancos que se vinieron a Canadá porque no podían quedarse en Angola, que ellos consideran su país y que lloran todos los días. Cuando la situación se hizo insoportable se marcharon a Portugal, pero tampoco aguantaron la vida en ese país que ellos consideraban extranjero y donde eran a su vez considerados africanos y mirados como rara basura *por los grupos de derecha e izquierda*. (100, énfasis mío)

Con esta mesurada intervención, el sociólogo evidencia haber aprendido ciertas lecciones del violento pasado chileno, expresando un sano escepticismo frente a discursos radicales de diverso signo que generalmente tienden a coincidir en su construcción del otro como enemigo.

Sin jamás minimizar ni justificar la cruenta represión pinochetista, la novela de Urbina, por último, inserta una abierta autocrítica hacia los ideales y el proceder de la militancia política de izquierda a la que el mismo autor perteneciera durante su juventud.⁸ Este cuestionamiento cobra forma a través de las certeras acometidas de Grenier, exdirector de tesis de maestría del "sociólogo" en Canadá, quien preparado con gran munición de

pruebas expone las presuntas limitaciones de este movimiento. Lo hace en otro bar, esta vez el del Club de la Facultad, mientras toman abundantes cantidades de vino. En este espacio propicio para el intercambio de ideas, Grenier cuestiona la militancia de los sectores más comprometidos de la izquierda chilena. Ahonda, además, en lo que considera una falta de heroísmo y lucidez por parte de los rebeldes, cuyo compromiso, según expone, habría terminado siendo "más pose que verdad, porque cuando llegó la hora del gran enfrentamiento no hubo pelea y el fanfarroneo y la vociferación habían terminado con el exterminio de todo un segmento de la población" (184). A lo largo del extendido e incómodo *tête à tête* con su director, el sociólogo se muestra incapaz de encontrar respuesta alguna que le permita reivindicar sus años de militancia política, a tal punto que durante la conversación Grenier "lo miraba por encima del vaso, esperando ser desafiado, se lamía los labios y después miraba por la ventana bostezando como un lobo cansado de la torpeza de su víctima" (184-85).

Los frecuentes intercambios de ideas en el Bar Español, en el Bar de la Facultad y en otros lugares insólitos, como la tienda del sastre Josefo, contribuyen al despertar de una conciencia escéptica en el sociólogo.⁹ Con la lucidez que le brindan también los años, lejos de vanagloriarse de un pasado presuntamente heroico como algunos otros impostores, el sociólogo, antes exmilitante de izquierda, hace una fuerte autocrítica. Recuerda cómo su ex amante Magdalena lo había iniciado en nuevas prácticas sexuales y políticas, pero también hace hincapié en su ingenuidad al dejarse llevar por "esa chatura mística que constituye la militancia política juvenil concebida como un sustituto de la iglesia" (143). Elabora sobre este punto, notando que en aquella tensa coyuntura obedeció órdenes sin demasiadas certezas, sin hacer ni hacerse cuestionamientos y anulando su individualidad: "sólo la promesa del futuro esplendor [proveía] la razón para el olvido de lo personal y para la concentración piadosa en las tareas que se nos encomendaban y que nuestra imitación de monjes y mesías nos impelía a realizar en medio de una niebla de fantasías e ideales abstractos" (143). Auscultando su pasado bajo este nuevo prisma escéptico, el sociólogo se cuida también de no exagerar las circunstancias de su presente exilio. Exhibiendo un discurso moderado, con el que demuestra su preocupación por ajustarse a los hechos, admite que su doble protagonista "no [estaba] en las listas de la gente con el ingreso al país prohibido", sino tan solo "en la de ex prisioneros políticos en libertad condicional, *nada muy heroico*" (110, énfasis mío).

En su continuo afán por despojar a su relato y su persona de cualquier elemento que lo eleve por sobre otros mortales, el exmilitante ahora exiliado reconoce y exhibe otras llamativas fallas de carácter. Ya fuera de peligro en Canadá, confiesa por ejemplo que simplemente "se [le] olvidó que tenía que llamar de vuelta" al primo de su novia Magdalena (77), a quien había prometido llamar para ultimar los detalles de un matrimonio con ella que podría haberla puesto a resguardo de las brutales fuerzas represoras pinochetistas (77). Sin ese llamado, la joven pronto fue capturada,

asesinada y desaparecida. De la misma manera, "el sociólogo" tampoco cumple con su prometido regreso a Chile para el entierro de su madre. Atrás han quedado las sentidas palabras con las que había desafiado posibles peligros y comienza a vislumbrarse que en realidad todo ha sido poco más que una pose. Un escueto llamado de su padre pidiéndole que no se haga presente en el velorio es todo lo que necesita para justificar la cancelación de su viaje, puesto que momentos antes de recibir el llamado ya sabe que "no tiene ganas de ir a Chile, quiere quedarse en Montreal bajo la ducha y luego ir a comer comida china, pato Pekín, con la novia Marcia y después a comer postre y tomar té en el viejo Montreal" (179). Se vislumbra aquí, además, que el sociólogo no tiene ninguna intención, ni presente ni futura, de regresar al terruño. De modo que una vez más rompe con prescripciones tradicionales; esta vez, aquellas que conciben el exilio como un viaje *a priori* circular, en el que se anticipa y espera que el exiliado regrese al país de origen tan pronto como las circunstancias políticas lo permitan.¹⁰

Por último, solucionado el incómodo problema que le ocasionara la muerte de su madre, el desenlace de la novela presenta la insólita muerte del sociólogo, en pleno carnaval. Todo llega a un trágico fin cuando al caer la noche sale a la calle en búsqueda de una nueva compañera sentimental, pero termina siendo arrastrado hacia el Parc Lafontaine por un torbellino de gente que celebra la *Caribfête de Montreal*. Ebrio, solo y desorientado por la música, los bailes y los disfraces de este carnaval caribeño, el inescrupuloso sociólogo no tiene mejor idea que lanzarse en una "danza conquistadora y frenética" para intentar seducir a una atractiva mujer que iba vestida ni más ni menos que "como una réplica atenuada de Carmen Miranda" (196). Desafortunadamente para él, su afán de conquista choca con los celos desmedidos del esposo de esta mujer, que resulta ser chilena. Luego de recibir una golpiza, se anuncia el inminente fin cuando el sociólogo siente una puntada en el lado, como aquella que lo aquejara esa misma mañana en la puerta de su casa, al despuntar el día. Aunque los motivos son similares, esta vez el dolor no se debe a una trompada como la recibida la noche anterior, sino a una certera puñalada que le perfora el costado a la altura de los riñones y en ese mismo instante. En un último y memorable monólogo en suelo canadiense, el narrador medita sobre lo que será una muerte ridícula, desprovista, ella también, de todo viso heroico, de todo elemento redentor. Piensa, de hecho:

que sería el chiste más increíble si resulta que se muere ahora en el parque La Fontaine. [...] Sin el consuelo de una muerte heroica imaginada mil veces como fantasía romántica: caer herido frente al palacio de gobierno, en la insurrección final, dedicando a Magdalena ese gesto último de los dedos que tocan el cielo proletario, ese grito último que sus compañeros de jornada recordarán para siempre, que los labios hermosos de las muchachas de su tierra repetirían por siempre. Tanto sueño épico, tanta

canción de gesta malograda y luego tanta amargura trivial, tanto naufragio y tratar de mantenerse a flote, para venir a morir aquí, en el parque La Fontaine, acompañado de una mierda de calipso fuera de tono, entre las patas sudorosas del mundo, en Montreal, como un bicho reventado, Megan. Sería pa'la risa. (200)

Con esta elocuencia, el sociólogo concluye su lúcido y siempre autoconsciente contradiscurso. Después de criticar las exageraciones, fallas y distorsiones discursivas de otros exiliados chilenos, solo le queda tiempo para parodiar fugazmente sus propios sueños de juventud y para dar el golpe de gracia que termina de derrumbar el arquetipo mítico del exiliado político latinoamericano satirizado a lo largo de la novela.

NOTAS

¹ En Canadá también se vivían momentos tensos por el inminente referéndum que tendría lugar en mayo de 1980. En esta consulta se intentaba decidir si la provincia debía seguir un camino tendiente hacia la independencia.

² Los cuentos de *Las malas juntas* describen con crudeza la feroz represión pinochetista que siguió al golpe de estado de 1973. Urbina también ha publicado *Las memorias de Baruni* (2009), una serie de falsos recuerdos en los que el autor se oculta bajo el anagrama de Baruni (González 78), y *Derrumbe* (2015), otra colección de cuentos sobre seres desesperanzados.

³ Además de Donoso y Urbina, otros reconocidos autores también han dejado su huella en esta vena tragicómica y/o escéptica de la novela del exilio. Me refiero a Jesús Díaz, Eliseo Alberto, Jaime Baily, Mayra Santos Febres, Horacio Castellanos Moya y Claudio Ferrufino-Coqueugnot, por citar solo algunos ejemplos.

⁴ El posicionamiento crítico de Urbina frente a mitos y verdades osificadas queda plasmado en su particular entendimiento del rol del escritor: "I would say that [a writer] is an individual who produces texts by working with a specific language and within a particular mythology, reproducing this mythology, or criticizing it, from the perspective of the social group or groups to which he or she belongs" (Urbina 123).

⁵ Como bien menciona Castillo Sandoval, el otro gran miedo que tiene todo exiliado es el de morir en el exilio. A estos dos temores aluden tanto el propio Urbina como su compatriota Carlos Cerda, que titula *Morir en Berlín* (1993), a la que sería la más leída de sus novelas.

⁶ "Dialogic relationships are possible not only among whole (relatively whole) utterances; a dialogical approach is possible toward any signifying

part of an utterance, even toward an individual word, if that word is perceived not as the impersonal word of language but as a sign of someone else's semantic position, as the representative of another person's utterance. Thus, dialogic relationships can permeate inside the utterance, even inside the individual word, as long as two voices collide within it dialogically" (Bakhtin 184).

⁷ Al situar parte de la acción en el Bar Español, Urbina deja constancia del primer grupo de exiliados hispanos en Canadá, aquellos llegados como consecuencia de la Guerra Civil Española y la represión franquista.

⁸ En un vívido pasaje, por ejemplo, el sociólogo detalla el momento de su captura y posterior tortura: "Y allí estaban esperándola o esperándonos, da lo mismo, y allí me detuvieron y me llevaron a uno de los regimientos y me patearon y apalearon y torturaron preguntando por armas, contactos internacionales, y por Magdalena, que no había sido habida, hasta que se cansaron de apagar me cigarrillos en el cuerpo y sacarme a un patio a las cuatro de la mañana y amenazarme con fusilamiento" (69-70).

⁹ También en la sastrería se enfatiza explícitamente el dialogismo que recorre toda la novela: "Ellos han puesto las sillas en círculo y Josefo se encarga de abrir la botella y repartir los cigarrillos. Se reinicia el ritual desahogador de los discursos, en cualquier momento, en cualquier lugar. Como los senadores que se aprestan a discutir el estado del mundo, la seca y la meca, el cielo y el infierno, la vida y la muerte (107).

¹⁰ Como señala Ana Vázquez, las comunidades del exilio tienden a juzgar "al que se deja seducir por los atractivos de exilio", a tal punto que "la mayor condena es decir de alguien que ya no quiere volver" (22).

OBRAS CITADAS

- Bakhtin, Mikhail. *Problems of Dostoevsky's Poetics*. U of Minnesota P, 1984.
- Brocato, Carlos Alberto. *El exilio es el nuestro*. Sudamericana/Planeta, 1986.
- Castillo Sandoval, Roberto. "El exilio como 'canción de gesta malograda' en *Cobro revertido* de José Leandro Urbina." *Albricia: La novela chilena del fin de siglo*, Editado por Verónica Cortínez, Cuarto Propio, 2000, pp. 161-75.
- Cortázar, Julio. *Años de alambradas culturales*. Muchnik Editores, 1984.
- Cheadle, Norman. "Canadian Counterpoint: Don Latino and Doña Canadiense in José Leandro Urbina's *Collect call* (1992) and Ann Ireland's *Exile* (2002)." *Canadian Cultural Exchange: Translation and Transculturation*, editado por Norman Cheadle y Lucien Pelletier, Wilfred Laurier UP, 2007, pp. 269-304.
- Donoso, José. *El jardín de al lado*. 1981. Santillana, 1996.
- Etcheverry, Jorge. "Notes on Latin American-Canadian Literature." *The Reordering of Culture: Latin America, The Caribbean and Canada in the Hood*, editado por Alvina Ruprecht, Carleton UP, 1995, pp. 111-18.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. 1975. Traducido por Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI editores, 1989.
- Gass, William. "Exile." *Altogether Elsewhere: Writers and the Culture of Exile*, editado por Mark Robinson, Faber and Faber, 1994. 213-28.
- González, Elena. "Literaturas Hispánicas no Canadá: deslucamiento cultural e processos literários." *Aletria*, vol. 22, no. 3, 2012, pp. 71-82.
- Hazelton, Hugh. "Exilio, marginación y resolución en las obras de cinco autores chileno canadienses." *Aves de paso: Autores latinoamericanos*

- entre exilio y transculturación (1970-2002)*, editado por Brigit Mertz-Baumgartner y Erna Pfeiffer, Iberoamericana, 2005, pp. 165-74.
- Henighan, Stephen. "From Exile to the Pandilla: The Construction of the Hispanic-Canadian Masculine Subject in *Cobro Revertido* and *Cote des negres*." *Latin American Identities after 1980*, editado por Gordana Yovanovich y Amy Huras. Wilfred Laurier UP, 2010, pp. 287-300.
- Johansson, María Teresa. "Escenarios narrativos y memoria en la literatura chilena a partir de 1973." *Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*, editado por Lucero De Vivanco Roca Rey, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013, pp. 215-34.
- Kaminsky, Amy. *After Exile: Writing the Latin American Diaspora*. University of Minnesota P, 1999.
- Mertz-Baumgartner, Brigit. "Imágenes del exilio y de la migración en la literatura latinoamericana en Canadá." *Migración y literatura en el mundo hispánico*, editado por Irene Andrés-Suárez, Verbum, 2009, pp. 280-94.
- Nomez, Naim. "Latin American Writers in Canada: Integration and Distance, Writing at the Crossroads." *The Reordering of Culture: Latin America, The Caribbean and Canada in the Hood*, editado por Alvina Ruprecht, Carleton UP, 1995, pp. 119-22.
- O'Connell, Patrick K. "Una llamada (colectiva) por cobrar: el perpetuo exilio en *Cobro revertido* de José Leandro Urbina." *Acta literaria*, vol. 26, 2001, pp. 39-56.
- Rama, Ángel. "Literature and Exile." *The Oxford Book of Latin American Essays*, editado por Ilan Stavans, Oxford UP, 1997, pp. 335-42.
- Rojo, Grínor. *Las novelas de la dictadura y la posdictadura chilena. Quince ensayos críticos*. LOM Ediciones, 2016.
- Shain, Yoshi. *The Frontier of Loyalty: Political Exiles in the Age of the Nation State*. U of Michigan P, 2005.
- Skármeta, Antonio. "Nueva narrativa chilena: Avenidas y callejones." *Albricia: La novela chilena del fin de siglo*, editado por Verónica Cortínez, Cuarto Propio, 2000, pp. 161-75.
- Torres, Luis. "Writings of the Latin Canadian Exile." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 26, no. 1, 2001, pp. 179-98.
- Urbina, José. *Cobro revertido*. Planeta, 1992.
- Urbina, José. "Writing in exile: writing nowhere for nobody." *The Reordering of Culture: Latin America, The Caribbean and Canada in the Hood*, editado por Alvina Ruprecht, Carleton UP, 1995, pp. 123-26.
- Vázquez, Ana. "La leyenda de Ulises, mito del exilio." *América: Cahiers du CRICCAL*, no.7, 1990, pp. 17-25.
- Wright, Thomas y Rody Oñate. *Flight from Chile: Voices of Exile*. U of New Mexico P, 1998.